

CARTA PASTORAL

DEL ILMO. SR. OBISPO DIOCESANO

CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN

DE

La Capilla del Sacramento de la Iglesia Pa-
rroquial de San José de Mayo

IN MEMORIAM



MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA URUGUAYA DE MARCOS MARTINEZ

Calle Buenos Aires, 155, esq. Misiones

1896

95

C



A mis feligreses

Es altamente honrosa para la ciudad de San José y para todos los católicos del Departamento, la inspirada y preciosa *Carta-Pastoral* con que nuestro sábio y virtuoso Prelado Diocesano, el Ilmo. y Rvmo. Mons. Doctor don Mariano Soler, se ha dignado dirigirse al infrascrito Cura de la Parroquia y á todos los católicos de esta ciudad, felicitándonos por haber levantado en nuestra iglesia una Capilla que consagramos al culto de Jesús Sacramentado.

Yo recojo esa preciosa carta con el mas legítimo orgullo y con todo el ardiente entusiasmo de mi corazón, y la pongo en manos de los católicos de este pueblo, para que sea ella el memorial permanente de nuestra gratitud al digno Prelado y Pastor de la Diócesis que tan altamente nos honra, á la vez que un recuerdo imperecedero de este día, para nosotros tan memorable, en que inau-

guramos la Capilla del Sacramento, propia y elegante morada que la piedad de un corazón cristiano ha levantado, y que todos ofrecemos al Rey de los cielos, oculto por nuestro amor bajo los velos de la Eucaristía. (1)

Que la lectura constante de esa inspirada Carta-Pastoral—á la que me he permitido agregar la preciosa y conocida devoción de los *Quince minutos en compañía de Jesús Sacramentado*—sea ocasión para que renazca en muchos corazones el amor á Jesucristo en la Eucaristía, y para que su culto se acreciente siempre mas en nuestro querido pueblo.

N. Betancur.

San José, Mayo de 1896.

(1) A la virtuosa señorita Mercedes Rodríguez, hija de la ciudad de San José, se debe la erección de la Capilla del Sacramento, que ha motivado la presente Carta Pastoral.

N. del E.

EL OBISPO DIOCESANO: *Al Sr. Cura Vicario y amados Fieles de la Ciudad de San José de Mayo, salud y bendición en Jesús Sacramentado.*

«*Ego sum vita: Yo soy la vida*» Palabras de N. S. Jesucristo.

Desde tiempo atrás profesamos especiales simpatías á la ciudad josefina por su reconocida cultura y religiosidad, y por ser fama que su magestuoso templo, despues de la Catedral, era el mejor de la República; añadiéndose á esto el que posea tambien la mejor Capilla particular, como lo es la del *Hortus Conclusus*, que tuvimos la satisfacción de bendecir solemnemente.

Pero hé aquí que se nos ofrece un nuevo motivo para acrecer, si cabe, esas simpatías. En efecto: hemos sabido que haceis grandes preparativos para solemnizar con toda pompa y esplendor la inauguración de la hermosa *Capilla del Sacramento*, hecha construir por

una virtuosa hija de esa culta y católica ciudad; y por ello os aplaudimos.

Así pues, hemos aceptado con placer la invitación que se nos ha hecho para presidir esa solemnidad religiosa, tanto más, cuanto que no existe en toda la Diócesis Capilla-Sagrario que pueda igualársele, por la riqueza y valor artístico de su decoración; por lo cual os felicitamos y nos congratulamos con vosotros.

Más, siendo la vez primera que tenemos la satisfacción de presidir la ceremonia de la bendición de una Capilla destinada al Santísimo Sacramento, no extrañareis aprovechemos esta ocasión para exponeros su significado é importancia en el culto católico.

¿Qué significa, pues, según la liturgia sagrada, la Capilla del Sacramento? Dos cosas determinan su destino especial: el sagrario ó tabernáculo y la santa mesa ó comulgatorio. No exageraríamos al afirmar que ámbas cosas, en su significación litúrgica, son esenciales á nuestro culto.

En efecto; hay en nuestros templos un lugar reservado que Dios habita realmente. Es, como otrora en el templo de Salomón, el *sancta sanctorum*, mansión más íntima y silenciosa, á la que no podemos penetrar sin sentir

en los latidos de nuestro corazón los sentimientos de fé y amor con más imperio y viveza: ese lugar es la Capilla del sagrario ó tabernáculo, trono donde reside el Dios oculto; pero presente y vivo.

Y bien; ante esta soberana condescendencia de Dios para con el hombre, de este silencio en que se encierra durante siglos, de esta muerte aparente á que Jesús sacramentado ha querido condenarse, el hombre, atónito, se pregunta qué poder y qué fuerza han retenido de este modo á Jesús sobre la tierra.

¿Queréis saberlo? Es la inspiración del amor divino, que ha puesto á tributo la omnipotencia y la sabiduría de Dios.

Pero antes interroguemos al corazón humano.

El corazón ha sido hecho para amar: Dios le ha dado este grandor, esta nobleza de espaciarse siempre fuera de sí mismo; aunque quiere tener cerca de sí y á su alcance el objeto amado.

Cuando se ha prendado de un alma, la sigue por todos los caminos y á pesar de todas las distancias; de dos vidas pretende hacer una sola: inquietudes y alegrías, esperanzas y pesares, sentimientos y afecciones, todo lo comparte.

Por eso toda separación es insopportable al amor; la ausencia es una herida cruel; las despedidas son siempre llorosas y las tristezas de la muerte inconsolables.

¡Pobre corazón humano! ¡Si pudiese permanecer siempre en medio de los que ama, si pudiese eternizar sus alegrías y sus dichas! El quisiera ser siempre amado y amar siempre sobre la tierra; sin embargo sus mas generosos arranques y sus mas nobles deseos permanecen impotentes para realizar semejante prodigio.

Pero el amor divino ¿no será más fuerte, no triunfará con el esplendor de los prodigios de su omnipotencia y sabiduría de las impotencias del corazón humano para permanecer siempre al lado del objeto amado?

La religión ha sido siempre, desde el origen, la presencia real de Dios en el seno de la humanidad, la unión real de Dios y del hombre; presencia que se ha ido manifestando cada vez mas, y, como todo verdadero amor, ha ido progresando hasta hacerse mas íntimo, mas tierno y mas profundo.

¡Hora virginal, en que el hombre nace en los brazos de Dios, formado su cuerpo por manos divinas, animado su

espíritu por un soplo celestial, ornados sus labios con la palabra, y el corazón palpitando con todos los amores á la vez!

Esas sublimes comunicaciones de Dios con su criatura bajo las sombras del Eden, fueron las primeras manifestaciones, muy presto interrumpidas, del amor divino, que embellecía y regocijaba la vida de los hombres

La falta original abrevió muy pronto los dias de la felicidad primera; pero no pudo suprimir en el corazón del hombre la necesidad de oír á su Dios y de hablarle, como tampoco ha impedido á Dios inclinarse hácia el hombre y responderle. Todas las edades hablan sucesivamente con ese diálogo lleno de los clamores del alma y de las respuestas de Dios.

II

Mientras que el hombre se pregunta cómo reparar la obra de Dios, alterada; rehacer la rota alianza, tributar al Creador la gloria debida y satisfacer su justicia; Dios medita divinamente, en su eternidad, levantarlo de tan grandes ruinas y consolarlo en tan profundos dolores.

Con un salto gigantesco, el Verbo divino, atraviesa espacios infinitos: «*Se hizo carne y habitó entre nosotros.*» (S. Juan. I. 14); y la humanidad pudo decir con el apóstol: «*Nosotros le hemos visto, le hemos oído y le hemos tocado con nuestras manos.*» (1 Ep. S. Juan. I. 1.) Los pobres, los enfermos, las madres con sus pequeñuelos, los mismos pecadores, le vieron y se le acercaron. Tocaban sus vestiduras, se inclinaban bajo su mano benéfica y besaban sus huellas divinas.

Esto duró tres años; después murió en la cruz para dar á su pueblo la mas grande prueba de amor. Pero hé aqui que, después de los dias gloriosos de su resurrección, el Hombre-Dios sube al monte de las Olivas y desde allí asciende á los cielos. ¡Nube de la Ascención! ¿nos privarás para siempre del que era la consolación de la tierra? Como los Apóstoles desde las faldas de la montaña, la humanidad ¿deberá solamente seguir con la vista al Dios que, realizada su obra, se vá á la mansión eterna? No; ábrete, nube gloriosa, y deja al que has ocultado oír el clamor que se trasmiten todas las edades y todos los corazones: *Permaneced con nosotros, Señor, permaneced con nosotros* (Luc. 24. 29.)

¡Cómo! treinta y tres años sobre la tierra, y se acabará todo? Cómo! la Palestina, un pequeño rincón de la tierra, os habia contemplado y el mundo entero quedará privado de esta dicha? y esos millones de almas diseminadas sobre todos los puntos del tiempo y del espacio, que también están hambrientas de la necesidad de la presencia real, ¿no alcanzarán jamás esa felicidad? ¡Ah, Señor Dios, escuchad los clamores de la tierra; pero mas aún, escuchad vuestro propio amor!

Si, Dios se ha quedado sobre esta tierra: «*Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.*» Hé aqui la Eucaristia: hé aqui el tabernáculo católico!

La humanidad pudo desear y querer contemplar á Jesucristo, como los Apóstoles y la Magdalena, en las glorias de su resurrección. Pero entonces ¿cómo hubiese establecido su presencia permanente en medio de su pueblo? Eran apariciones asaz fugitivas; ni el hombre hubiese podido sostener el esplendor de la divinidad. No, que Dios mantenga veladas sus perfecciones adorables, que se oculte, él y su amor, en el misterio del sacramento; y así lo contemplaremos, y quedaremos consolados con las visiones de la fé.

El tabernáculo conserva á Jesucristo en la tierra bajo ese velo que alienta nuestras flaquezas; la fé lo encuentra allí y lo posee en las horas de los días agitados y de las noches silenciosas, y la tierra jamás está privada de Dios.

No es suficiente el instante bendito del sacrificio en que contemplamos á Jesucristo, víctima sobre el ara del altar. ¡Hay tantas otras horas de nuestra triste vida en que queremos ver á Dios y hablar á Dios!... Todos no pueden venir á reunirse bajo las bóvedas sagradas en el momento de la inmolación renovada del Calvario; pero, puesto que no hay desheredados en la familia cristiana, que estos también puedan encontrar á su Dios y gozar de sus celestiales audiencias; y que, pasada la hora del sacrificio, permanezca allí todavía Jesucristo para oír toda petición, escuchar nuestras desgracias, y derramar sus bendiciones, siempre abundantes y fecundas. Que haga de nuestras iglesias el palacio donde reside sobre su trono, nó con la magestad que aterra, sino con la bondad que atrae y da confianza.

Es, además, el tabernáculo, quien dá la vida á esos edificios levantados por la fé y la piedad de todas las edades. Sin la presencia real de Jesucristo, la iglesia

no es mas que un monumento mas ó menos espléndido, pero que no contiene la atmósfera vivificante del respeto, del recogimiento y de la fé. Mientras Jesucristo sacramentado está en ella, cualquiera que sea el edificio, basilica soberbia ó humilde tugurio, no se entra con fé sin una impresión profunda y sublime. Dios está allí, y jamás este templo está vacío! Quitad el tabernáculo, quitad el Dios de la Eucaristía, todo se hace triste y desolado como en un desierto: nada habla, nada vive; es un templo que de templo solo tiene el nombre, puesto que Dios ya no lo habita.

Nada mas frío que un templo protestante, donde Dios no reside; pero en la iglesia católica, aunque no hubiese mas que la pequeña lámpara, que arde perpetuamente, ella anuncia la eterna presencia de Dios en el seno de la humanidad. La fé del alma cristiana rasga la nube que oculta al Salvador y lo adora.

III

El tabernáculo es, en verdad, la dulce prisión de Jesucristo sobre esta tierra, y el amor es la cadena del divino cautivo

Pero téngase presente que el cautivo voluntario continúa siendo el Dios Omnipotente; sin palabra se hace oír de las almas; sin movimiento remueve los mundos y conmueve los corazones.

¡Cuánta vida en este tabernáculo, que semeja un sepulcro cerrado! A él van todas las almas; allí se sacian todos los sedientos; allí todas las heridas encuentran un bálsamo y todos los corazones enfermos una esperanza. Todo esto puede ser ignorado por el corazón que duda ó niega; pero todo esto es sentido por el que cree y ama.

Misterio de la fe, milagro del poder, sacramento del amor. ¡Cuán dignos de compasión son los que blasfeman de tu augusto misterio!

El alma fiel es dichosa al pié del tabernáculo; pero ¡cuánto sufre á veces al ver lo que pasa á su lado!

Existen los indiferentes, esos corazones frios, en que todas las llamas salidas del corazón de Dios sacramentado parece que no pueden encender un solo destello de fé y de amor.

Pasan y viven sin una mirada á Jesucristo, sin un pensamiento para Jesucristo, sin encontrar un cuarto de hora para oírle y para hablarle! Poco les importa, en su despreocupación, los dias y

las noches pasadas por Jesús en esta prisión amorosa del tabernáculo!

Existen los ingratos, que han sido amados y que han amado. Si echan una mirada retrospectiva sobre su vida, verán todas las ternuras divinas por su alma. El amor se ha dado siempre; pero ellos no se dan ya; el amor los quiere abrazar, ellos le rechazan; Jesucristo era su amigo, hoy les es extraño. Ingratos! despreciáis y herís el amor de un Dios; temed que él se canse y os diga: «Ya no añadiré misericordias sobre misericordias, sino que los olvidaré como ellos me han olvidado». (Oseas. 1. 6.)

Existen tambien los perseguidores, gritos de furor y de odio se levantan alrededor del tabernáculo como sucediera en el pretorio. Existe para Jesucristo la pasión en la Eucaristía, como la que sufrió sobre la cruz, ¡Cuánto sufre en el Tabernáculo! ¿y no debemos consolar esos divinos dolores y compensar los grandes olvidos de los cristianos por medio de las mas constantes adoraciones al Dios de la Eucaristía? No blasfemeis jamás ante el tabernáculo, y respetad á Jesucristo, que allí ruega por el mundo y espera vuestras almas para darles la vida! No comprimáis

tampoco los latidos del corazón del hombre; antes bien dejadle derramarse ante su Dios con sublimes aspiraciones.

¡Hay tantos corazones desolados y heridos, tantos corazones desilusionados que buscan un consuelo que el mundo no puede dar! El santo tabernáculo es el refugio de todas las almas; y desde allí Jesús envía, como una brisa perfumada de amor, esta palabra: «Venid á mí, los que padecéis dolores y estais agobiados por las penas; yo os consolaré,» (Matt. 11.82). Lágrimas, quejas, suspiros, esperanzas, tedios, plegarias, todo esto cae cada día á sus piés como caen las hojas de los árboles. El permanece en el curso de la vida como el mas dulce consuelo en los trabajosos días de la existencia humana.

«Nada mas suave, dice un orador, nada mas dulce, fuera del cielo, que este misterio de la presencia real, que hace de este mundo una inmensa basílica, cuyo tabernáculo jamás está vacío, y de la visita al Santo Sacramento una visión del Sinaí, al que los rayos y relámpagos no impiden acercarse.

Y ¿quién podrá contar el gran número de aquellos para quienes Jesucristo, en los santos misterios, es la sola religión íntima de este mundo, y que no soporta-

rían el peso de la vida, si no hubiese todas las mañanas una misa durante la cual se recibe su cruz de las manos de Dios en el altar, y todas las tardes una visita al Santo Sacramento, en donde se la depone un momento? De allí se saca aliento y valor para todas las penas y para todos los dolores; y allí se encuentran todas las ternuras de un consolador divino.

Pero hay mas; el tabernáculo es tambien una fragua del divino amor; y hè aquí porqué las almas mas ardorosas van allí á abrasarse y se retiran enseguida para ir á arrojar en medio del mundo la llama de la caridad con San Vicente de Paul, de la elocuencia con San Bernardo y Santo Domingo, del genio con Santo Tomás de Aquino, de la dedicación y celo con Santa Mónica y Santa Chantal, del amor seráfico con un San Francisco de Asís y Santa Teresa de Jesús. Y ¿en dónde, sino, se han formado y transfigurado tantas grandes almas?

Hay en esta presencia permanente de Jesucristo, bajo las bóvedas del templo cristiano, tal conformidad con las necesidades del corazón, que el hombre de fé se siente naturalmente engrandecido en esa atmósfera divina; pero vá mas allá aún, no se contenta con adorar

al cautivo del tabernáculo, sino que llega á unirse á él de tal manera que vive una vida divina. Jesús es la vida: *Ego sum vita.*

IV

Mas ¿cómo se comunica esta vida? Al lado del tabernáculo hay un comulgatorio, una mesa sagrada á la que se acerca el cristiano con el corazón latiendo de fé y de amor por la santidad y divinidad del alimento que allí recibe.

Y ¿porqué recibe el hombre ese alimento divino? Porque ninguna vida dura sino á condición de alimentarse. Cada ser tiene necesidad de un alimento proporcionado á su naturaleza; para la planta, la sabia de la tierra; para el pez, aguas vivas; para la abeja, el caliz de las flores; para el buey, la yerba de los campos; para el leon, las presas sangrientas y para el hombre, el pan formado de trigo.

Pero el hombre vive por su alma y para su alma; si tiene necesidad del pan de cada dia para restaurar las fuerzas de su cuerpo ¿dónde encontrará el alma su alimento? ¿Existe sobre la tierra el trigo que la puede alimentar? Creada por Dios, regenerada por la sangre

de Jesucristo en el bautismo, destinada á la inmortalidad ¿no debe esperar del cielo un alimento que la tierra es impotente para ofrecerle? El hombre, ser divino y celestial por su alma, sigue el impulso de sus atrevidas aspiraciones y pide á Dios que le comunique su propia vida. Si; Dios es el alimento de las almas salvadas por su amor y destinadas á una vida tan sublime.

Si; al abrir el Evangelio, leemos con inefable emoción estas adorables palabras del Salvador: *Yo soy el pan de vida, el pan descendido del cielo, á fin de que el que come de él no muera y el pan que yo daré para la vida del mundo, es mi carne. Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre no tendreis la vida en vosotros. El que come mi carne . . . tiene la vida eterna* Porque mi carne es verdadera comida . . . » (S. Juan 6.)

¡Ah, Señor Dios, esta vida de las almas, este pan que será su alimento, éres tú! Misterio de amor, que supera el alcance de nuestra razón, pero que siempre será dulce y sublime para nuestra fé. ¡Nuestra alma se alimenta con la carne del Hombre Dios!

Adoremos agradecidos para comprender este exceso de amor, digno de un Dios omnipotente en amar.

Cuando se observa la naturaleza del hombre, entre las múltiples aspiraciones que revelan su origen celestial, se nota una mas profunda que las otras y de una belleza singular: la necesidad de Dios; de acercarse á Dios por la adoración, la plegaria y los sacrificios. Mas aún; desea unirse á su Dios por el amor.

Descendamos sinó, hasta el corazón del hombre y estudiemos la ley del amor para ver hasta dónde aspira. El quiere vivir con los que ama, le es dulce sufrir por ellos; querría de dos corazones no hacer mas que uno, de dos vidas una sola, y, si le fuese posible, se abriría las venas para darles toda su sangre. ¿No es este el ideal del amor sublime de las madres? Recordemos lo que refiere el Dante, pasado en la torre donde Hugolino y sus cuatro hijos habian sido encerrados y condenados á morir de hambre. Durante tres dias Hugolino permanece recostado á la pared, con la cabeza entre las manos, mudo, sin levantar los ojos para no ver á sus hijos agonizantes; despues del cuarto dia, el dolor le rinde, y convulciones precursoras de la muerte comienzan á agitarlo. Entonces, ¡oh, divina belleza del corazón del hombre! dos de sus pequeños

hijos, se levantan, se arrastran hasta él, y mostrándole sus brazitos: «Padre, come de nosotros, come de nuestra carne.»

Pues bien, si el hombre puede tener tan sublimes arranques; si cuando se ve morir y agonizar á los que se ama, se le daría su carne, ¿nos podemos admirar de oír á Jesucristo que nos dice: «*Tomad y comed; esta es mi carne.*» (Math. 26).

Hay pues, un amor mas grande que el amor de todas las madres y por esto mismo mas poderoso, que realiza los deseos impotentes del amor humano. ¡El Hombre-Dios nos dá su carne bajo las especies eucarísticas!

Como el pelicano que se desgarrá las entrañas para alimentar á sus pequeños, Jesucristo llama á las almas para decirles: «Alimentaos y vivid de mi propia vida, de mi amor, de mi carne.» «Tomad y comed.»

¡Adorable Eucaristía, el amor divino te ha inventado para darnos la vida divina! Si celebramos los triunfos admirables de la ciencia del hombre que devuelven el vigor á una naturaleza debilitada, infundiéndole una sangre agena y generosa; mas grande es el triunfo de Jesucristo; ha superado el genio del hom.

bre, pues que, durante diez y nueve siglos, infunde en todas las almas su propia sangre por medio de la comunión eucarística.

V

Y ¿cómo poder narrar todo lo que germina de gracia y fuerza en la vida cristiana, cuánto amor, virtudes y santidad se percibe en esa sagrada mesa, en ese santo comulgatorio del banquete divino de las almas, en que se recibe al mismo Jesucristo, al autor de la vida y de toda gracia?

Y de ese alimento divino, recibido dignamente, sacan las almas la fuerza en las adversidades, el horror á todas las bajezas, la grandeza moral, la paciente resignación en las contrariedades y pruebas, el amor y el respeto de la virtud, la nobleza de los sentimientos, la santa pasión del deber en todas las condiciones sociales, y hasta esos sublimes heroismos de abnegación y del apostolado de la fe y de la caridad para consagrarse al bien de sus semejantes por amor á Jesucristo, que se ha inmolado por nuestro amor. Todos estos tesoros de virtud y abnegación se encuentran en los corazones

de los que con fé y amor se arrodillan ante la santa mesa para recibir el divino alimento de las almas.

La Eucaristía hace y forma esos ángeles de la pureza y de la caridad sobre la tierra, y hace también á los mártires; porque el aroma divino que exhala de la carne de Jesucristo transforma y transfigura las almas.

Sí; Jesucristo ha colocado la Eucaristía en el centro del mundo para ser la vida de las naciones como de los individuos: «*Ego sum vita:—Yo soy la vida.*» Las naciones encontrarán en ella lo que hará su verdadera grandeza, y su dignidad, así como lo que asegurará á su misión las bendiciones del cielo; pero si se olvidan del Redentor, si en un pueblo, el gran don de Dios, la adorable Eucaristía, no está en honor, que tema ese pueblo ver un día á Dios ejercer sobre él las justas venganzas de su amor despreciado.

Y ¿podría esto suceder á la culta y cristiana ciudad de San José de Mayo? Antes bien, son nuestros más fervientes votos, que la solemnidad extraordinaria con que quieren sus fieles hijos inaugurar la Capilla del Sacramento sea una prenda de su especial devoción á la sagrada Eucaristía.

Si; deseamos que el santo tabernáculó sea visitado con frecuencia por los fieles; y que se acerquen con amor á la santa mesa, donde se recibe el pan de la inmortalidad, origen de todos los progresos morales y de todos los heroísmos de santidad, porque ese alimento divino se convierte en la vida y la fuerza del alma creyente y amante.

Son también nuestros más ardientes deseos que, aprovechando tan propicia ocasión, se establezca en vuestra Parroquia la hermosa y santa práctica de la Adoración perpétua del Santísimo Sacramento, que es la primera devoción del cristiano.

Hé aquí los augurios que tenemos la cristiana satisfacción de haceros con motivo de las fiestas solemnes de la inauguración de vuestra espléndida Capilla del Sacramento; mientras en prenda de nuestro especial afecto os impartimos la pastoral bendición, y de un modo particular á la persona generosa que ha costeado ese monumento á Jesús Sacramentado.

Dada en Montevideo el día 30 de Mayo del año del Señor mil ochocientos noventa y seis, víspera de la fiesta de la Santísima Trinidad.

† MARIANO.
Obispo de Montevideo.

QUINCE MINUTOS

EN COMPAÑIA

DE JESÚS SACRAMENTADO

No es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho; basta que me ames mucho. Háblame, pues, aquí, sencillamente, como hablarías al más íntimo de tus amigos, como hablarías á tu madre, á tu hermano.

¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquiera? Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos; dime enseguida que quisieras hiciese yo actualmente por ellos. Pide mucho, mucho; no vaciles en pedir: me gustan los corazones generosos que llegan á olvidarse en cierto modo de sí propios, para atender á las necesidades ajenas. Háblame así, con sencillez, con llaneza, de los pobres á quienes quisieras consolar; de los enfermos á quienes ves padecer; de los extraviados que anhelas volver á buen camino; de los amigos ausentes que quisieras ver otra vez á tu lado. Dime por todos una palabra siquiera; pero

palabra de amigo, palabra entrañable y fervorosa. Recuérdame que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazón, ¿y no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por aquellos que tu corazón mas especialmente ama?

Y para ti, ¿no necesitas alguna gracia? Házme, si quieres una lista de tus necesidades, y ven, léela en mi presencia.—Dime francamente que sientes orgullo, amor á la sensualidad y al regalo; que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente... y pídemme luego que venga en ayuda de los esfuerzos pocos ó muchos que haces para sacudir de encima de ti tales miserias.—No te avergüences ¡pobre alma! Hay en el cielo tantos y tantos Santos de primer orden que tuvieron estos mismos defectos! Pero rogaron con humildad... y poco á poco se vieron libres de ellos.—Ni menos vaciles en pedirme bienes del cuerpo y del entendimiento; salud, memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios y estudios. Todo esto puedo darte y lo doy y deseo me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude á tu santificación. ¿Qué puedo hacer por tu bien? ¡Si conocieses los deseos que tengo de favorecerte!

Tráes ahora mismo entre manos al-

gun proyecto? Cuéntamelo minuciosamente? ¿Qué te preocupa? ¿Qué piensas? ¿Qué deseas? ¿Qué puedo hacer por tu hermano, por tu amigo, por tu superior? ¿Qué desearias hacer por ellos?—Y por mí ¿no te sientes con deseos de mi gloria? ¿No quisieras hacer algun bien á tus prógimos, á tus amigos á quienes amas tal vez mucho y que viven quizas olvidados de mí?—Dime que cosa llama hoy particularmente tu atención; que anhelas mas vivamente, y con que medios cuentas para conseguirlo. Dime si te sale mal tu empresa y yo te diré las causas del mal éxito. ¿No quisieras interesarme algo en tu favor? Soy, hijo mio, dueño de los corazones y dulcemente los llevo, sin perjuicio de su libertad donde me place.

¿Sientes acaso tristeza ó mal humor? Cuéntame, cuéntame alma desconsolada, tus tristezas con todos sus pormenores. ¿Quién te hirió? ¿Quién lastimó tu amor propio? ¿Quién te ha menospreciado? Acércate á mi corazón que tiene bálsamo eficaz para todas estas heridas del tuyo. Dáme cuenta de todo, y acabarás en breve por decirme que, á semejanza de mí, todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago... recibirás mi consoladora bendición.

¿Temes por ventura? ¿Sientes en tu alma aquellas vagas melancolías, que no por ser injustificadas dejan de ser desgarradoras? Echate en brazos de mi providencia. Contigo estoy; aquí á tu lado me tienes; todo lo veo, todo lo oigo, ni un momento de desamparo.

¿Sientes desvios de parte de personas que antes te quisieron bien, y ahora olvidadas se alejan de ti, sin que les hayas dado el mener motivo? Ruega por ellas, y yo las volveré á tu lado si no han de ser obstáculo á tu santificación.

¿Y no tienes tal vez alegría alguna que comunicarme? ¿Por qué no me haces partícipe de ellas á fuer de buen amigo tuyo que soy? Cuéntame lo que desde ayer, desde la última visita que me hicites ha consolado y hecho sonreír tu corazón. Quizá haz tenido agradables sorpresas, quizá has visto disipados negros recelos: quizá haz recibido faustas noticias: una carta, una muestra de cariño: has vencido una dificultad, salido de un lance apurado.... Obra mía es todo esto, y yo te lo he proporcionado; ¿porqué no has de manifestarme por ello tu gratitud y decirme sencillamente como un hijo á su padre: ¡Gracias padre mio gracias! El agradecimiento trae

consigo buenos beneficios, porque al bienechor le agrada verse correspondido.

¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme? Leo, ya lo sabes, el fondo de tu corazón; á los hombres se engaña fácilmente, á Dios no; háblame pues con toda serenidad. Tienes firme resolución de no exponerte ya mas á aquella ocasión de pecado? de privarte de aquel objeto que te dañó? de no leer mas aquel libro que exaltó tu imaginación? de no tratar mas aquella persona que turbó la paz de tu alma? ¿Volverás á ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra á quien por haberte faltado miraste hasta hoy como enemiga?

Ahora bien, hijo mio; vuelve á tus ocupaciones habituales, á tu taller, á tu familia, á tus estudios.... pero no olvides los **Quince Minutos** de grata conversación que hemos tenido aquí los dos en la soledad del santuario. Guarda en lo que puedas silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad con el prójimo. Ama á mi Madre, que lo es tuya también, la Virgen Santísima.... y vuelve otra mañana, con el corazón mas amoroso todavía, mas entregado á mi servicio; en el mio encontrarás cada dia nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.